

Violencia materna



SILVIA FLECHNER¹

La variedad de situaciones que vivimos en la clínica como psicoanalistas se van albergando en forma de marcas-huellas en nosotros. Algunas pueden ir desvaneciéndose con el tiempo, mientras que otras necesitarán ser tramitadas de diferentes formas, ya sea en diálogo con colegas, iniciando un nuevo análisis o en forma de transmisión de vivencias contratransferenciales que han resistido el paso del tiempo, interpelándonos con la intención de transformarlas-metabolizarlas de diferentes modos, en este caso mediante la escritura.

Podríamos reflexionar acerca del proceso de tramitación que cada analista da a sus vivencias, tomando en cuenta las transferencias con sus propios analistas, supervisores y en la comunidad de colegas que nos rodean, aportando un fino entramado a la identidad de analista que se va gestando a lo largo de la formación.

Intentar dar cuenta de esas huellas implica re-vivir una vez más las sensaciones, los sentimientos, las emociones que pueden resultar abigarrados, difíciles de transmitir. Intentaré referirme a algunas situaciones que me han conducido a cuestionarme, a partir de la clínica, con respecto a la articulación de un primer tiempo entre la madre y el recién nacido y nuestro quehacer en la clínica. Muchos de los ejes teóricos que me sirvieron de apoyo para la escritura definen esta situación como «lo materno» (Abensour, 2011; Anzieu-Premmereur, 2011).

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. silvifr77@gmail.com

Lo materno no es en sí un concepto psicoanalítico, sino que podría enmarcarse más bien en un amplio espectro que incluye la maternidad en torno al objeto materno, sus funciones, sus locuras, sus transformaciones, teniendo en cuenta que lo materno no es solamente la madre, sino también el padre, que aun ausente complejiza siempre como tercero en función de corte esa situación. La identificación primaria, intimidad fusional y la capacidad para separarse se encuentran en la matriz de lo materno.

Matriz de lo materno, concepto difícil de definir, quizás porque produce una inquietante extrañeza de lo que viene a confundirse con lo incognoscible de los orígenes.

Comparto la pregunta que me ha motivado a escribir, como antes a otros analistas: ¿cómo abordar lo materno desde los orígenes del psiquismo del *infans*? ¿Qué es aquello de lo materno que comunica e incluye disimulando lo sexual del peligro, de lo enigmático que vuelve a la representación realizadora de un auténtico y necesario trabajo psíquico a partir de un material pulsional en bruto? (Abensour, 2011; Anzieu-Premmereur, 2011).

Tal vez lo más difícil sea acercarnos a los aspectos menos nombrados, los más oscuros y terroríficos que se presentan en ciertas ocasiones, situando en lo materno ya desde Freud «la conjunción entre el hecho biológico de la concepción y del nacimiento y el hecho simbólico de la filiación entre el “acto salvaje” del coito y la existencia de la tríada madre-niño-padre» (Laplanche y Pontalis, 1967). Eso materno representaría lo pulsional, que genera un trabajo entre lo biológico y lo psíquico, lo extraño y lo familiar, entre el amor y el odio (Abensour, 2011).

Siguiendo a Freud, notamos que lo paterno es su potencia fálica, el padre edípico se impone, pero las transformaciones familiares, socioculturales y tecnológicas, entre otras, nos llevan a preguntarnos sobre el tipo de transformaciones que podrían estar operando en la función paterna. Nos preguntamos entonces: ¿estos cambios pertenecen a un registro escenográfico, sociocultural pronunciado aunque perteneciente a una época, por lo cual siempre pueden tener algo de contingente, o son más bien solo un cambio de ropaje?

Pero ¿cómo dilucidar la posición de Freud, que afirma la necesidad de un pasaje de lo sensorial al pensamiento, de lo materno a lo paterno como marca de progreso de la civilización? En *Malestar en la cultura*, el mismo

Freud (1930) escribe: «son esas mismas mujeres, que al principio, por las exigencias de su amor, han depositado los fundamentos de la cultura».

La noción de represión originaria de Freud nos aclara en su definición que es un proceso hipotético como primer tiempo de la represión, y que tiene por efecto la formación de cierto número de representaciones inconscientes o «reprimido originario» (Laplanche y Pontalis, 1967). Los núcleos inconscientes así constituidos contribuyen a la represión propiamente dicha, por la atracción que ejercen sobre los contenidos a reprimir, junto con la repulsión proveniente de las instancias superiores. Este postulado de Freud tan fundamental ha dado lugar a varias interrogantes e interpretaciones por distintos autores posfreudianos. Quizás, entre otras causas, porque el término «no representable» consistiría en albergar aquello que emerge como desconocido.

La figura materna que aparece en la obra de Freud podría considerarse básicamente edípica. La conflictiva inherente al poder de la madre seductora y agresiva no aparece totalmente desplegada en los escritos freudianos dedicados a la feminidad y la sexualidad femenina. Tal como nos dice Green (1997: 47-50): «Es cómodo acusar de falocentrismo a Freud, como a otros autores de sexo masculino, porque desde que las mujeres decidieron hablar ellas mismas de la feminidad, no se puede decir que la cuestión haya sido en modo alguno, zanjada definitivamente». Sin embargo, el Edipo le permite a Freud pensar el deseo y lo prohibido de la realización del incesto. Si consideramos que el Edipo es el organizador de la vida psíquica, ¿cómo pensar en aquellas acciones incestuosas que lo obstaculizarían?

La madre es el único término del triángulo edípico que mantiene una relación con el cuerpo de cada uno de los otros dos. Ella es, por lo tanto, vínculo sexual y vínculo instaurador de la diferencia entre ternura y sensualidad, así como entre pulsiones directas y pulsiones de meta inhibida. Lo trágico de la vocación materna está en que, tras haberlo hecho todo para favorecer la mayor proximidad, debe consentir la distensión de la relación con el cuerpo del niño y su transformación radical por efecto del superyó. El «destino materno» de la niña se manifiesta innegablemente en la infancia. Lo cierto es que todo lo que atañe a la vagina, al presentimiento del útero en la futura mujer y a su vocación ulterior está probablemente teñido de un sentido, de un misterio sagrado (Green, 1997).

Por su parte, Racamier (1995) introduce la noción de «lo incestuoso» como medio para diferenciar el incesto a nivel edípico del incesto primordial, explicita que no está elaborado como un fantasma, sino que conduce a la extinción de las excitaciones pulsionales y externas. Propone pensar en «la corriente agresiva natural» que refuerza el sentimiento de rechazo del niño-intruso sobre el cual la madre tiene un poder de muerte. Sería una aproximación que se ubica sobre la vía de lo prohibido, del horror al incesto materno. Incesto que no debe confundirse con el del nivel edípico, sino, como expresa Racamier, incesto primordial, de hecho punto de huida de todo acercamiento que engolfa por parte de la figura materna.

Susana García (2010), refiriéndose a las identificaciones, retoma a Daniel Gil (1995) y nos remite a la identificación primaria, que es constitutiva del yo (nuevo acto psíquico), identificación como un amplio y complejo proceso que incluye la maduración neurofisiológica, los deseos, las vivencias, los acontecimientos, las fantasías gestadas en la interrelación niño-medio; destaca los estímulos sonoros, táctiles, la agresión, la ternura del otro constituyendo el yo del niño, e incluye también la identificación de género.

El primer contacto es aquel que une y separa a la madre del hijo. Hablamos de fusión, de indiferenciación, de simbiosis, pero también consideramos que se oculta el miedo a un incesto que genera violencia y horror, que puede producir confusión, a veces desde épocas tempranas. Lo materno como prolongación sin límite del recién nacido generará una continuidad indivisible, corriendo el riesgo de apropiarse del *infans*, que de esa forma no llegaría a tener un estatuto propio de sujeto.

¿Cómo definir las cualidades y funciones del sujeto «materno» que permiten el reencuentro con lo originario esencial? ¿De dónde proviene este investimento? (Anzieu-Premmereur, 2011).

Freud (1914) escribió refiriéndose a «His majesty the baby»: «los niños satisfacen nuestro deseo de inmortalidad». Logran así investir el narcisismo parental, reviviscencia del narcisismo infantil y fuente de un amor intenso, esperanzador, que permitirá que las capacidades maternas se ubiquen en su lugar adaptándose a las necesidades y deseos del recién nacido.

Winnicott (1955) insistió en la sensibilidad materna necesaria para el desarrollo psíquico del recién nacido, reconocido más como un entorno

paratraumático que como una persona. La «madre abnegada» es capaz de identificarse con su bebé, intuir sus necesidades no solo físicas, sino también emocionales.

Silvia Braun (2003), siguiendo a Winnicott, nos recuerda con relación al desamparo que la cura pasa por llegar hasta la angustia alrededor de la cual se organizó la defensa. Esta angustia que Winnicott denominó «agonía primitiva» se vincula al derrumbe psíquico del bebé causado por la violentación que ejerció una privación temprana del ambiente. Cabe recordar acá los conceptos de *intromisión* de Laplanche y de *violencia secundaria* de P. Aulagnier vinculados a la violencia ejercida por la madre que invade y deforma la organización psíquica temprana del bebé.

En el caso de pacientes que desbordan la neurosis, Fanny Schkolnik (2006) nos señala que «ya desde hace algunos años me ha parecido importante abordar lo desmentido y escindido en las neurosis, coexistiendo con lo reprimido, en el caso de muchos pacientes neuróticos. Si bien la estructuración psíquica se realiza en torno a la represión, el narcisismo fálico que apunta al deseo de completud, propio de la represión secundaria, en este caso está acompañado por un narcisismo arcaico que responde a una represión primaria fallante. Junto a las manifestaciones clínicas del retorno de lo reprimido nos encontramos con diversas expresiones sintomáticas vinculadas a lo escindido, que se caracterizan por la falta de límites, la indiscriminación y la tendencia a las actuaciones».

M. Casas (1988) se refiere al hecho de que en el nacimiento surge la desamparo-indefensión, a la cual toma como un concepto bifronte, pues marca de un lado las carencias en el campo del otro (lo que no ampara), y del otro, la fragilidad del sujeto en cuestión (indefensión). Momento paradigmático el del nacimiento, hace recaer todo el peso sobre el otro para la sobrevivencia. El encuentro con una función materna fallante promueve la adhesión al otro para no enfrentarse a la angustia ante la ausencia; modalidad que denuncia fracasos en el procesamiento de los duelos, esenciales en la estructuración psíquica.

Si lo materno se da también en el encuentro de lo mítico y lo psicoanalítico, retomemos a Freud, que ha situado los mitos en un tiempo y un lugar lejanos, con un estatuto particular, inscribiéndose en la filogénesis, en aquello que el hombre posee de más arcaico, como los fantasmas y los

sueños, los deseos inconscientes arraigados en el ello. Podemos también pensar los mitos como copartícipes que habilitan a imaginar y acercar la potencia y las fuerzas brutas que nos habitan. Los mitos, siempre puestos en duda, tendrían una función de apuntalamiento en nuestro pensamiento, también en ellos aparecen las múltiples figuras de lo materno. Medea (Grimal, 1979), la infanticida, realizadora de un crimen terrible, impío, en un acto de venganza de orgullo herido define junto con otras tantas situaciones maternas la condición humana.

Varios autores priorizan el ambiente en el cual puede ocurrir el inicio de un psiquismo en un bebé frágil, desvalido, sin embargo es importante resaltar que no cualquier «cuerpo materno-recipientes contenedor» podrá convertirse en objeto accediendo a un encuentro que dará comienzo a una estructuración del psiquismo.

Las consecuencias psíquicas dramáticas de estos primeros momentos de carencia dan la medida de la importancia del ambiente humano para la constitución de un sujeto. Lo materno es básico por ser el cimiento a partir del cual nos construimos, pero se irá constituyendo también a partir del padre o de cuidadores del recién nacido que den sostén a las capacidades sin las cuales este no podría dotarse.

La imposición de un sentido llevado a cabo por la madre sobre el bebé llevó a Piera Aulagnier (1975) al desarrollo metapsicológico del concepto de violencia primaria, usado en el sentido de instituir al bebé como sujeto al irrumpir en su espacio psíquico en el momento de encuentro con la voz materna. «El fenómeno de la violencia tal como lo entendemos aquí, remite en primer lugar, a la diferencia que separa un espacio psíquico, el de la madre, en que la acción de represión ya se ha producido, de la organización psíquica propia del *infans*.»

Los autores y conceptos hasta aquí retomados y trabajados hacen referencia al tránsito por situaciones que terminan produciendo determinadas patologías en torno a una estructuración fallante desde los inicios del psiquismo del *infans*.

Volviendo a las marcas, las huellas que cada situación clínica deja en el analista, intentaré, a partir de dos dolorosas situaciones clínicas, dar cuenta de entornos aún más graves en los que la violencia secundaria materna irrumpe con toda su fuerza implicando a dos jóvenes mujeres,

adolescentes, a quienes los efectos de la violencia de lo materno, así como las consecuencias de fallas maternas, dejaron expuestas a gravísimos daños en el psiquismo. Viñeta clínica entonces que podría contribuir a la comprensión de algunos de estos aspectos a los que aludimos acerca de la condición humana ubicados en «lo materno».

Son situaciones que nos toca vivir de forma despiadada, ya sea en el consultorio o en la realidad de otros lugares donde ejercemos nuestra profesión. El primer caso es el de una paciente, Pía, a quien nunca conocí, pero fui consultada por su analista y su psiquiatra tratante, dada la compleja y dramática evolución de su situación. Pía tenía 18 años, era del interior, había comenzado sus estudios de medicina, pero se sentía muy trastornada, el alejamiento de su casa la había llevado por el camino de la droga, tatuajes y *piercings*. Sin embargo resaltaba que su madre no la quería, no se preocupaba por ella, no la llamaba y que quizás no la había querido nunca.

Ante la dificultad del caso fueron convocados los padres al escenario analítico para proponer una internación, dado que Pía había comenzado con ideaciones suicidas. Apareció la madre junto con una tía, una mujer fría que no lograba comprender qué le sucedía a su hija, y a quien tampoco le interesaba hacerse cargo de ella. Pía logró salir de la primera internación, siguió con ambos tratamientos, sin desear ir a su casa y sin que sus familiares volvieran a verla. Al poco tiempo se hizo un *piercing* en la lengua; este tipo de *piercing* se caracteriza por provocar dolor, hemorragias y por dificultar que la persona se alimente, salvo que ingiera alimentos en forma de papilla, al menos durante los primeros tiempos. Un intento de autoeliminación la devolvió a la internación, se repitió la historia de la vez anterior: la madre aparecía poco, el padre vino una vez pero no emitió sonido y la madre no pudo venir a quedarse un tiempo con ella —aludió tener que atender otras responsabilidades—, lo cual prolongó la internación. Sostener esta situación parecía imposible, y así fue. Luego de la internación Pía asistió a la que sería la última sesión con su analista, quien la encontró nuevamente muy deprimida; sin saber ya qué hacer le solicitó que lo llamase al celular, buscando de esa forma mantenerla ligada a una mínima parte de la realidad y de vida. Las últimas palabras de Pía en la sesión fueron: «Si tengo crédito en el celular...». Pía se quitó la vida esa misma noche. Su madre hizo todas las

gestiones necesarias para que la trasladaran al interior para su entierro sin tener que volver a Montevideo.

Pía parecía haber adolecido desde siempre de fallas muy tempranas en la estructuración de su psiquismo. Tal como dice Kestemberg (1999), todo se prepara en la infancia y se juega en la adolescencia. Las actuaciones de Pía en la adolescencia dan cuenta *après-coup* de la dificultad en la relación con su madre desde sus inicios. La boca del bebe es el receptáculo a través del cual no solo recibirá el alimento, sino que también se irá conformando una matriz que se va inscribiendo lentamente en su espacio y en su tiempo, en forma de presencia-ausencia, en la cual el recién nacido va inscribiendo los elementos sensoriales de protección, amor y sensualidad frente a su indefensión.

Pía agrede su boca en forma directa, a través de un *piercing* en la lengua que le impide —quizás una vez más— recibir el alimento-amor de una madre lejana y distante que no parece interesarse por ella. En lugar de leche, sangra a partir de un encuentro agresivo y violento que puede haber sido vivido en los primeros tiempos luego de su nacimiento como sumamente doloroso e imposible de procesar. Estas actuaciones adolescentes designan el malestar y dolor actuales, evocando a su vez los primeros desencuentros entre el recién nacido y su madre.

Hablar de violencia nos lleva ante todo a considerar el orden humano, el cual es de por sí violento. Toda creación genera violencia. Este sería un elemento a tener en cuenta para no inclinarnos, como psicoanalistas, a utilizar el término *violencia* en un sentido corriente (Maggi y Flechner, 2000). Las actitudes individuales o colectivas que calificamos habitualmente como «violentas» corresponden en gran medida a lo que Freud ha definido como aquello que se constituye afectivamente como propio de la agresividad, o sea, una mezcla pulsional realizada secundariamente a partir de los dos grandes dinamismos de base. La agresividad es parte de la historización del sujeto, habla de la organización de su yo, de sus defensas realizando un trabajo de ligazón y religazón.

Freud (1913) fue el primero, de manera directa a veces y encubierta otras, en señalar la existencia en el hombre así como también en el animal de una suerte de violencia innata, de brutalidad natural, sádica a la vez que espontánea y universal. La brutalidad natural primitiva, que Freud evoca

frecuentemente, ha sido definida por Bergeret (1994) como *violencia fundamental* ya que el término *violencia*² connota de forma más precisa, según el autor, la idea de un instinto natural, brutal, destinado a la defensa de la vida. Si bien esta noción no es propiamente psicoanalítica, fue retomada por Bergeret (1994) para referirse a una violencia fundamental considerada como un instinto autoconservador, libidinal y destructivo que sirve de base para desarrollar, en un movimiento de integración, las funciones de ligazón y desligazón.

Tomando en cuenta los textos freudianos diríamos que la violencia humana tiene dos puntos centrales: causa antes que efecto, desde que el asesinato funda la cultura, y es en consecuencia inconsciente, apuntalado prioritariamente desde la masa; en esto el psicoanálisis hizo un gran aporte.

F. Schkolnik (2007) explicita que en las patologías que desbordan lo propiamente neurótico nos encontramos en la clínica con expresiones de un modo de funcionamiento que catalogamos como arcaico, que en alguna medida ya Freud tenía en cuenta al referirse a los «fenómenos residuales». Lo arcaico no es lo originario, sino la expresión en el a posteriori, en un psiquismo ya constituido, de fallas a nivel de la represión originaria y una fuerte desmentida de la alteridad que da lugar a la persistencia del narcisismo primario afectando la instauración de la represión secundaria y la constitución del yo. La tendencia a la indiscriminación da lugar a vínculos fusionales y a un conflicto marcado tanto por el pánico del encierro en lo fusional como por la posibilidad de ruptura con el objeto.

La siguiente viñeta clínica puede servirnos para comprender estos vínculos fusionales en los que se genera entre madre e hija una confusión que invita a reflexionar sobre ambos conceptos: violencia y lo materno.

En la clínica nos encontramos con situaciones en las que la separación entre madre e hija resulta en una lucha que efectivamente se da entre la vida

2 Desde el punto de vista etimológico, el término *violencia* proviene del latín *violentia*, que deriva del radical indoeuropeo que ha dado origen en griego al término *bios* y en latín al término *vita*. Esta etimología se inclina en dirección de la vida. Los términos *brutalidad*, *vehemencia*, *impetuosidad*, *cólera*, *lucha*, *combate* podrían ser más convenientes, pero no responden a una etimología que pone por delante un ostentoso esfuerzo para mantenerse vivo. Los sustantivos *odio* o *agresividad* no pueden ser utilizados en razón de dar cuenta de la implicación libidinal que les comporta.

y la muerte. Un ejemplo de ello es Mara, a quien conocí en el centro de tratamientos intensivos (CTI) a pedido de los padres; tenía 12 años y pesaba 28 kilos. Antes de llegar a su cama, los propios médicos intensivistas me aclararon que habían hecho todo, que para ellos no había más nada que hacer, que era de los casos que no tenían salida. Ocupaba un lugar mínimo en la cama, su delgadez impresionaba, sus ojos parecían enormes con relación al resto de su cara inexpresiva. Comencé a verla todos los días en el CTI; pocas palabras, todas referidas a su invencible deseo de no alimentarse. La alimentación parenteral y algo de la presencia continua en el mismo horario todos los días pueden haber tenido un efecto reparador; algo desconocido para mí la hizo decidir optar por la vida. Nuestro trabajo continuó luego de la internación durante mucho tiempo, trabajábamos en equipo multidisciplinario. Pero a medida que iba mejorando los padres iban retirando a los profesionales que formábamos el equipo, a veces aludiendo dificultades económicas que no existían, otras por diferencias y malestares que ellos mismos generaban con los miembros del equipo. La frase que conservo como recuerdo del padre es que abriría una botella de whisky 12 años el día que la hija se curara. La madre parecía esperar todos los días el inicio de la recaída.

Ya había pasado un tiempo suficientemente prolongado y la recaída no llegaba, sin embargo sí llegó una madrugada una llamada de la madre que entre llantos me decía que se había equivocado en la medicación que le dio a su hija, en lugar de darle la indicada para Mara le había dado su propia medicación, un anorexígeno que comenzó a utilizar para bajar de peso.

La imposibilidad de esta madre de mantener una distancia suficiente con su hija podría quizás haberla llevado a elegir entre verla muerta o matarla antes que vivirla como un sujeto propio, separado. ¿Evitaría así desarmar lo que para ella sería una supuesta completud narcisista viviendo a su hija quizás como un objeto parcial que la completaba especialmente en la enfermedad?

Por otro lado, a los ojos del padre, esta púber de 12 años podría estar ubicada como un objeto embriagador. ¿Será que abrir esa botella «si se cura» implica darle la opción de tomar otra leche, igual o más venenosa aún que la que tomó del pecho de su madre?

Estas viñetas clínicas dan cuenta de una estructuración psíquica fallante en las propias madres que induce en sus hijas una estructuración psíquica que también será fallante hasta grados inesperados.

A diferentes niveles psicopatológicos, podríamos considerar *lo materno* desde varias posturas: los conflictos maternos que emergen como un proceso de reactivación de los conflictos infantiles y las identificaciones con la propia madre poniendo en tela de juicio el sistema defensivo; y desde el punto de vista del *infans* la labilidad y fragilidad propias de situaciones tempranas de un psiquismo en formación dejarán ya sus marcas en forma precoz. Estas crisis pueden asociarse con períodos de labilidad y fragilidad afectiva próximos a la psicosis, podría ser la locura materna transitoria en algunas situaciones, que puede producir pavor en el *infans* como fruto del deseo incestuoso y la relación de la madre con su pasado infantil. Sabemos que las angustias impensables posparto pueden producir una situación de daño tal que logran alterar las cualidades maternas.

Cuando se produce un exceso de excitación y disminuye la atención, lo materno se manifiesta en diferentes tipos de patologías que pueden tener que ver —entre otras— con las vivencias de intrusión, que siempre aportan su carácter violento, así como con el abandono. Lo materno podría colisionar, demandado por la violencia del devenir madre, situación que se vive en el cuerpo con diferentes grados de intensidad, con la proximidad del *infans* en camino; nos preguntamos si es posible considerar esa violencia simultáneamente como autoconservadora y como mortífera.

En «Análisis terminable e interminable», Freud (1937a) se refiere al repudio de lo femenino en los dos sexos: «No terminamos de repudiar aquello que de la impronta materna permanece en nosotros». Mientras que Green (1997) propone una modificación, plantea que el objeto de repudio es lo materno.

A su vez, N. Marucco (2007: 26-54) cita y amplía la noción planteada por Freud de lo soterrado, expresa que «estaríamos aquí en esa particular zona psíquica constituida antes de la aparición del lenguaje. Pero eso “soterrado” retorna». Freud (1937b: 262) lo dice así: «Todo lo esencial se ha conservado, aun lo que parece olvidado por completo; está todavía presente de algún modo y en alguna parte, solo que soterrado, inasequible al individuo». Y agrega: «Es solo una cuestión de técnica analítica que se consiga o no traer a la luz de manera completa lo escondido». Esto sugiere la necesidad de la creación de una nueva tópica y reformulaciones técnicas

que permitan ubicar ese «de algún modo y en alguna otra parte» donde se encuentra lo más «recóndito».

Tal vez lo más difícil, como decíamos al inicio, sea acercarnos a los aspectos menos nombrados, los más oscuros y terroríficos que se presentan en las diferentes instancias de trabajo con pacientes cuyo desborde y conflictiva exceden algunas veces la capacidad de transitar con ellos las posibilidades de analizabilidad.

Considero, como planteaba en un artículo anterior (Flechner, 2005), que estas situaciones clínicas nos llevan por otro camino que implica reflexionar sobre el actuar adolescente. En este trabajo trato de encauzar una mirada más profunda sobre los efectos del actuar adolescente como consecuencia y efecto de las fallas en lo materno, ya sea desde el propio psiquismo materno o de su incidencia en el tránsito de adolescentes que adolecen efectivamente de las marcas producidas en tiempos tan precoces.

Propongo este trabajo como apertura a la comprensión de lo materno en todas sus dimensiones, amorosas, agresivas y violentas. Lo materno como el terreno en el que se juegan el amor y el odio en forma descarnada, mostrando que lo mortífero está siempre presente y enlazado de muy diversos modos con la pulsión de vida. Es en la clínica psicoanalítica, por tanto, donde lo materno demuestra en cada paciente su singularidad. ♦

RESUMEN

Este trabajo que intenta dar cuenta de «lo materno», que no es en sí un concepto psicoanalítico, se enmarca más bien en un amplio espectro que incluye la maternidad en torno al objeto materno, sus funciones, sus locuras, sus transformaciones. A su vez, muestra por medio de viñetas clínicas la fuerza de la violencia materna en casos de perturbaciones psíquicas de la madre y sus primeros efectos en el *infans*. Se trata de encauzar una mirada más profunda sobre el actuar adolescente como consecuencia y efecto de las fallas en lo materno, ya sea en el propio psiquismo materno o su incidencia en el tránsito de adolescentes que adolecen efectivamente de las marcas producidas en tiempos muy precoces.

Descriptores: MATERNIDAD / PADRE / NARCISISMO /

Autores-tema: Freud, Sigmund

ABSTRACT

The intention of this paper is to try to explain «the maternal», even if it isn't a psychoanalytical concept, adjusting in a broad spectrum that includes the maternity rounding the maternal object, its functions, its madness and the transformations, while at the same time shows through two clinical vignettes the strength of the maternal violence in case of psychic disturbance in the mother and in infant primary effects. It tries to conduct a profound vision over the effects that implies adolescent acting out as a consequence and effect of maternal failures, even it comes from the maternal psychism and his incidence in adolescent transit that suffer from the traces produced in an early time.

Keywords: MATERNITY / FATHER / NARCISSISM /

Authors-subject: Freud, Sigmund

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABENSOUR, L. «L'ombre du maternel». En *Revue française de Psychanalyse*, v. 75 (5), 2011, pp. 1297-1335.
- ANZIEU-PREMMEREUR, C. «Fondements maternels de la vie psychique». En *Revue française de Psychanalyse*, v. 75 (5), 2011, pp. 1449-1488.
- AULAGNIER, P. (1975). *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu, 1977.
- BERGERET, J. «La violence fondamentale». En J. Bergeret: *La violence et la vie; la face cachée de l'Oedipe*. París: Payot, Cap. 4, 1994.
- BRAUN DE BAGNULO, S. «Violencia y desamparo en los orígenes». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (98), 2003, pp. 108-116.
- CASAS DE PEREDA, M. «El desamparo del desamor; a propósito de la depresión en la infancia». En M. CASAS DE PEREDA: *Sujeto en escena; el significante psicoanalítico*. Montevideo: Isadora, 1988, pp. 225-246.
- FLECHNER, S. «On aggressiveness and violence in adolescence». En *International Journal of Psychoanalysis* 86, 2005, pp. 1391-1403.
- FREUD, S. (1913). «Tótem y tabú». *O. C.*, tomo 13, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1914). «Introducción del narcisismo». *O. C.*, tomo 14, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1930). «El malestar en la cultura». *O. C.*, tomo 21, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1931). «Sobre la sexualidad femenina». *O. C.*, tomo 21, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1933a). «33ª Conferencia. La feminidad». *O. C.*, tomo 22, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1937a). «Análisis terminable e interminable». *O. C.*, tomo 23, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1933b). «¿Por qué la guerra?». *O. C.*, tomo 22, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1937c). «Construcciones en el análisis». *O. C.*, tomo 23, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- GARCÍA VÁZQUEZ, S. «Adolescencia, violencia y subjetivación; apertura hacia nuevas simbolizaciones». En S. FLECHNER (comp.): *Psicoanálisis y adolescencia; dos temporalidades que se interpelan*. Buenos Aires: Paidós, 2010, pp. 85-93.
- GIL, D. *El yo herido*. Montevideo: Trilce, 1995.
- GREEN, A. (1980). «La madre muerta». En A. GREEN (1983): *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires: Amorrortu, 1999, pp. 209-238.
- (1997). «La sexualidad materna». En A. GREEN: *Las cadenas de Eros; actualidad de lo sexual*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998, pp. 47-50.
- GRIMAL, P. *Diccionario de mitología griega y romana* (original: *Dictionnaire de la mythologie grecque et romaine*, París: Presses Universitaires de France). Buenos Aires: Paidós, 1979.
- KESTEMBERG, E. «Identité et identification chez les adolescents». En E. KESTEMBERG: *L'adolescence à vif*. París: Presses Universitaires de France, 1999, pp. 7-96.
- LAPLANCHE, J. (1992). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- LAPLANCHE, J. y J.-B. PONTALIS (1967). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Labor, 1994.
- MAGGI, I. y S. FLECHNER. «Secret de la violence, violence du secret». En *Adolescence Monographies. Troubles de la personnalité, troubles de conduite*. París: Les Éditions du GREUPP, 2000.
- MARUCCO, N. C. «Entre el recuerdo y el destino; la repetición». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (105), 2007, pp. 26-54.
- RACAMIER, P.-C. *L'inceste et l'incestuel*. París: Collège Psychanalyse Groupale et Familiale, 1995.
- SCHKOLNIK, F. «Acerca del concepto de simbolización». Inédito. Presentado en actividad científica en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en octubre de 2006.
- «Simbolización: un puente entre la práctica psicoanalítica y la metapsicología». En *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (104), 2007, p. 32.
- WINNICOTT, D. W. (1955-1956). «Variedades clínicas de la transferencia». En *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1999.
- (1958). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, 1999, pp. 391-396.